

---

Javier Oliva Gil

# CRUZAR EL RÍO



Editorial LEDORIA

J M R

# I

Una vez conocí a una idiota tan grande que no tuve más remedio que pasarla por encima. Lo hice de la misma forma que un coche se abalanza a toda velocidad sobre un gato callejero que, despistado y deslumbrado, finalmente parece bajo sus ruedas. Me vi forzada a hacerlo. No podía soportar que aquella bobalicona sintiera remilgos a la hora de escoger entre las distintas opciones que se le planteaban para resolver un problema. Estaba obligada a tomar una decisión, una en concreto, y ejecutarla. Si bien no era la única que manejaba, desde luego era la más conveniente en aquel momento, sobre todo para mí.

Por aquel entonces yo apenas llevaba seis meses trabajando en aquella multinacional en la que, gracias a los apellidos de papá, había encontrado un hueco como mando intermedio en el departamento de marketing. Era la responsable de realizar trabajos de investigación de mercado y aún no tenía a nadie a mi cargo. Ya durante la entrevista de selección uno de los directores de área me había informado de que, si demostraba mi valía, en poco tiempo fundiría mi sección con una dedicada a realizar análisis de canales de venta. Eso representaba dirigir un equipo de cinco personas y, lógicamente, conseguir prestigio y poder dentro de la división. Era una oportunidad única. No la desaproveché.

Carolina, que así se llamaba aquella tontaina, era una cincuentona confinada en un departamento al que yo, desde luego, no le encontraba ninguna utilidad. Le habían enco-

*Fco. Javier Oliva*

mendado reorganizar parte de los cometidos de su sección de forma que consiguiera ser más eficaz. Me pidieron que empleara parte de mi tiempo en ayudarla ya que su negociado tenía mucho que ver con el mío. Congeniamos desde un principio, más por mi capacidad de adaptarme a las nuevas situaciones que por las pocas ganas que ella demostraba por involucrarme en su encargo. Así que la dejé hacer. Con una metodología anticuada y lenta, Carolina se deshizo en mil y un cálculos que representaban otras tantas soluciones al problema. Muchas de ellas resultaban inviables, y aquellas que manifestaban una clara mejoría en costes y productividad pasaban indefectiblemente por la necesaria amortización de puestos de trabajo. Había una intermedia, sólo una, que descartaba el despido de varios de sus compañeros. Yo sabía de sus quebraderos de cabeza porque ella misma me los comentaba cada mañana mientras tomábamos café en la sala de descanso de la primera planta. Me hacía partícipe de la tortura que significaba saber que estaba jugando con el pan de varias personas, con las ilusiones de familias enteras. Toda su afectada parafernalia me hacía pensar que se sentía agobiada por ejercer aquella responsabilidad y que precisaba de mi ayuda, pero apenas me dejó colaborar. Me hablaba como una madre que alecciona a su hija adolescente. Sus maneras trasnochadas y llenas de conjeturas me enervaban. La verdad es que ya entonces no me extrañó su actitud porque me doblaba la edad. Lo que sí me fastidiaba era que se tomara tantas molestias cuando, por muy dura que fuese, tenía la solución delante de sus narices.

Carolina presentó el resultado de su estudio y el jefe del departamento la felicitó por su trabajo. Dos días más tarde fui yo quien, no pudiendo soportar sus contemplaciones y su incompetencia, me senté en el despacho de su responsable y puse los puntos sobre las íes. Le expliqué que había una solu-

ción mucho mejor para la compañía que aquella que Carolina había propuesto. Presenté una alternativa dura, una de las que ella había desechado por ser demasiado traumática, con grandes ahorros de costes y, a su vez, varios despidos de empleados.

—Y el primero —aconsejé a su jefe fijando mi mirada en la suya— debe ser el de la propia Carolina. Con su actitud, sus miramientos, no vamos a llegar a ninguna parte. Te lo digo de corazón.

Y entristecí la mirada todo lo que pude.

Así que tres semanas más tarde ella acabó en su casa cobrando el subsidio de desempleo. Yo me había hecho con las dos secciones que me habían prometido y con cinco personas aterrorizadas dispuestas a darlo todo por mí.

Recuerdo que aquella noche no pude dormir. La satisfacción que me producía el deber cumplido había desterrado el sueño de mis ojos. Aún así, a la mañana siguiente aparecí en la oficina despejada y dispuesta a tomar posesión de mi despacho como una emperatriz lo hace de un territorio conquistado a sangre y fuego.

Ahora me siento igual que entonces, y no me resulta extraño. En contra de lo que habría podido pensar durante los días que han pasado desde que abandoné la pensión, he logrado sobreponerme y encaro mi nueva situación sabiendo que es circunstancial, que en cuanto hable con Alfredo todo se solucionará, porque él es de los míos y no gentuza de medio pelo en la que no se puede confiar. Él sabrá encontrar un lugar para una chica como yo y todo volverá a ser como antes, como siempre ha debido ser. Tan sólo es una mala racha, un mal momento que pasará y se convertirá en una anécdota, como los jugadores que saben que, después de un tiempo sin ganar, un día vuelve a aparecer el sol y regresan por sus fueros a lo más alto, a sentarse en su trono y reinar sobre todas las cosas.

## *Fco. Javier Oliva*

Las dos semanas que llevo en la calle me han confirmado que soy una persona fuerte a la que nada ni nadie pueden dobligar fácilmente. También es cierto que, hasta ahora, el poco dinero que me queda me ha servido para no pasar hambre, y eso ya es toda una victoria. Las noches son todavía templadas, aunque dentro de poco llegará el otoño y no será tan fácil conciliar el sueño tumbada sobre la hierba de un parque. Pero no debo preocuparme. Seguro que para entonces Alfredo me habrá rescatado. Sólo es cuestión de tener paciencia.

La primera noche después de abandonar la pensión la pasé a la intemperie. No tuve más remedio. Cuando la casera me echó escaleras abajo eran ya las tres de la mañana. Así que al día siguiente busqué un albergue. Sabía de su existencia a través de los reportajes que reponían en la televisión —para mí no había nada como llegar a casa de madrugada, abrir la nevera y atrapar lo primero que pudiera alcanzar con la mano. Luego me trasladaba al salón para relajarme antes de ir a la cama tras de una noche rodeada de amigos—. El recibimiento en el albergue no fue nada del otro mundo. No hicieron preguntas y me indicaron que dejara mis cosas guardadas en la taquilla de hojalata que había junto a una cama estrecha adornada con una colcha gris. Me informaron de que la cena se servía a las nueve, la luz se apagaba a las once y me despertarían a las siete. Después de desayunar debía abandonar las instalaciones. Para volver a dormir allí tendría que aguardar de nuevo turno en una inmensa cola que dejaban que se formara a partir de las ocho de la tarde. Me las prometía felices mientras dejaba mi pequeña maleta de viaje junto a los pies de la cama. Era cuestión de tomarle la medida a la nueva situación y construir una rutina en la que me sintiera cómoda, como si estuviera en mi propia casa. Me mentalizaría en salir del recinto por las mañanas como si fuera a trabajar, y luego

por las tardes acudiría a dormir. Los cambios iban a ser mínimos.

Aquella primera tarde en el albergue no deshice la maleta. Tan sólo extraje el neceser y me fui directa a asearme. Era genial... dentro de lo que cabe. Las duchas eran individuales y una sigue conservando cierto pudor, mucho más con personas que no conoce, y no digo nada si encima son de baja condición. Recuerdo que una vieja desdentada mascullaba a mi lado que tenía suerte, que las de ese albergue estaban limpias. La anciana no era demasiado exigente porque una vez puse los pies sobre el plato y corrí la cortinilla me di cuenta de que los desconchones y las marcas de suciedad se veían por todos lados. En cualquier caso, hice de tripas corazón, cerré los ojos y, casi a tientas, me lavé la cabeza y el cuerpo. Después me vestí con ropa limpia para acudir al comedor. Sin darme cuenta me encontré en una sala en la que tres señoronas enrolladas en delantales blancos nos servían la cena en unas bandejas metálicas y grasientas. Sopa de fideos, pescado rebozado y una pera. Eso era todo lo que estaban dispuestas a ofrecer. El resto de mujeres apenas abrían la boca, así que opté por hacer como ellas —tampoco teníamos nada que contarnos— y recibir mi ración en silencio, un silencio que en unos instantes fue roto por bocas abiertas al masticar, pero sobre todo por quejas; quejas de unas sobre otras, quejas sobre el día, quejas sobre la noche, sobre el dinero o la sociedad. Quejas sobre todo lo imaginable e inimaginable. Eructos, toses, sorbetones de nariz, espinas escupidas con violencia al suelo, mangas hechas servilletas y servilletas hechas sudarios para la comida no consumida. De continuar así me sangrarían los oídos. Apenas podía mirar hacia otro lado que no fuera mi propia bandeja. La sopa quedó en su recipiente y tan sólo me tomé dos trocitos de pescado y la fruta. La noche anterior a la intemperie no me había dejado descansar en condiciones

## *Fco. Javier Oliva*

y soñaba con una cama. Así que, antes de que todo aquel regimiento de andrajosas decidiera acostarse, me fui al dormitorio comunal y, tras vestirme con un camisón de algodón estampado que había comprado el año anterior en Londres, me metí en la cama.

Jamás pensé que unas sábanas pudieran ser tan ásperas. Ni siquiera las que la casera había puesto en el camastro de la pensión me habían resultado tan desagradables. Traté de dormirme pero pronto me di cuenta de que había pecado de celeridad. Cuando mis ojos se estaban cerrando irrumpió en la sala aquel batallón de descuidadas que abrían y cerraban las taquillas como si el único cometido de las mismas fuera hacer ruido. Se despojaron de sus ropas delante de mí, delante de todas, sin ningún recato. Algunas se iban desnudas a la ducha y otras se metían sin dilación en la cama. ¡Qué gentuza! El olor a jabón que salía de los baños se mezclaba con el hedor que desprendían los retretes y los cuerpos de las que habían optado por irse a dormir directamente. La cena comenzó a quejarse en el interior de mi estómago y en un momento dado, cuando mi vecina de la derecha expulsó una furiosa ventosidad, una arcada se aseguró en mi garganta durante varios segundos. A punto estuve de vomitar, pero pude controlarme. Una tiene educación y sabe salir airoso de situaciones como ésta. No desesperé. Sabía que el calvario no iba a durar demasiado. Pronto apagarían las luces y podría dormir. Pero me equivoqué. Al poco de quedarse todo en penumbra un concierto de ronquidos, chasquidos de lengua, rechinar de dientes y ventosidades involuntarias o forzadas volvió a inundar el dormitorio.

Dormí poco y mal. Me desperté antes de que encendieran las luces. En cuanto las conectaron regresé a la ducha, desayuné un poco de pan con mantequilla y algo parecido a un café con leche. Antes de salir, una de las encargadas se interesó por mi estado. Me abordó casi en la puerta y me preguntó mi

nombre, de dónde venía, por qué estaba en esa situación y qué sabía hacer, si tenía familia —cercana o no— y si disponía de algo de dinero. No me extraña que se fijara en mí. Esta gente, después de muchos años de experiencia, debe de saber cuándo alguien con clase pasa por una eventual desgracia ajena a su voluntad, y también cuándo un gañán se la busca sin remedio. Y yo soy toda una señora, joven porque aún no he cumplido los treinta y seis, pero una señora al fin y al cabo. Lo que no saben es que, por mucho que quiera, lo que yo necesito está fuera de sus posibilidades. Por eso aquella mañana le agradecí su interés aunque le dije que ya me las arreglaría, que no se preocupara por mí.

Porque no van a pasar cien años antes de que todo este torrente de mala suerte vuelva a su cauce. De ser así terminaría por ser una cincuentona sin posibilidad de maniobrar, como la ingenua de Carolina, que por no saber no era ni siquiera consciente de que estaba desfasada, ni de que a cierta edad es mejor estarse quieta y dejar hacer y deshacer a la juventud, que cualquier cosa que aprendiste ya es historia, que los tiempos vuelan y hay que estar muy despierta para acomodarse a la velocidad a la que se mueve el mundo, que cada día que pasa vas envejeciendo y, si no estás atenta, te quedarás aparcada a un lado viendo desfilar a los demás. La experiencia no puede ser un grado cuando eres incapaz de sincronizarte con la tecnología y las novedosas relaciones sociales. Siempre ha ocurrido así y siempre ocurrirá. Sólo unos pocos elegidos son los únicos en sobreponerse y seguir eternamente en la cresta de la ola. Y yo pienso ser una de esas privilegiadas. Estoy en la flor de la vida. Ni siquiera he llegado aún a la mitad. Si no fuera por cómo me han puesto la zancadilla, ahora estaría en la cima del mundo y no buscando algún lugar donde pasar la noche o cualquier cosa con que taparme los pies, porque de madrugada ya empieza a refrescar.



## *Fco. Javier Oliva*

Pero no debo ser agorera. Sé que es una mala racha que pronto pasará. En cuanto Alfredo regrese de viaje hablaré con él para explicarle qué ha sucedido y cómo estoy. Toda esta mierda tocará a su fin y sólo será un mal recuerdo. Él me ayudará. Entre iguales nos entendemos. De momento, tengo ración extra de aire libre, que no es poco.

Mientras observo el escaparate de esta tienda de ropa me acuerdo de Carolina. Ambas son decadentes. Este tipo de prendas sólo sirven para cubrir las arrugas de los ancianos y hacerlos, con patetismo, más aparentes, más presentables ante la sociedad. Así se les va preparando una fachada decorosa antes de que mueran, como una mortaja provisional que les anuncia su propio final con una buena dosis de anestesia. Hace décadas era aún peor, que las viejas iban siempre de negro. Aquello era triste, tétrico, que yo creo que se morían más de pena que de otra cosa.

Mi reflejo en el cristal me dice que yo no voy a acabar así. Conservo la cabeza alta, la frente despejada, la barbilla mirando al frente. Los sudarios en vida no van conmigo. Mi cuerpo no los admitiría. He nacido para vestir colores alegres, estampados de flores o de fantasía, tacones de diez centímetros y medias de seda. ¡Lástima de melena! Los reflejos de peluquería se están quedando a medio desteñir y acentúan aún más las raíces castañas. Horrible, impresentable. También sé que mis ropas ahora no son como las de antes, pero esta camiseta aún me sienta de maravilla, como si me la hubieran hecho a medida, aunque algunas manchitas no las haya podido quitar. Es lo que ocurre con el blanco, que realza mi pecho de una manera sugerente pero se ensucia con rapidez. De todas formas, ¡cuántas quisieran a mi edad tener las tetas tan bien puestas como las tengo yo!, sí, con algo de ayuda, pero mirando al cielo. Mucho más agradecidos son los pantalones vaqueros, que nunca se sabe si están sucios o recién sacados

de la lavadora. Y mientras me contoneo delante del escaparate advierto que tampoco he perdido tanto peso, que el trasero sigue apareciendo algo respingón y las caderas siguen marcadas. Lo que te digo, que estoy lista para volver cuando sea necesario. Sólo me hace falta un paso por la peluquería y comprar ropa nueva. Incluso la maleta que arrastro no desentona: azul ribeteada en blanco. Perfecta.

Y es que no podría ser de otra manera. Soy una Sáiz de la Encina, y los que tenemos clase no la perdemos por el simple hecho de sufrir un tropezón. Ya me lo decía mi abuela:

—Marita, un día tú serás alguien grande, una princesa, o diplomática, o catedrática, o directora general, o quizá presidenta... Igualita que tu padre.

Se equivocaba en lo referente a papá, que no en lo otro. Lo que pasa es que la envidia es muy mala, y hay veces que te sorprende con la defensa caída y no te deja tiempo para que puedas revolverte contra ella, pero sólo se necesita un pequeño esfuerzo para plantarle cara otra vez. Así hemos sido siempre los Sáiz de la Encina, una familia distinguida, con influencia, una verdadera estirpe de triunfadores, con una fama que nos hace justicia, con contactos, con poder, con dinero. Eso es lo que siempre me decía papá, que me debía a mi apellido y no podía deshonrarlo. Incluso después de haberse separado de mamá seguía con su cantinela, y eso que el divorcio fue una tragedia que hubo que atenuar ante nuestro amplio círculo de amistades. Lo que decía antes, que la envidia es lo peor que se te puede cruzar en la vida. Cuántos de nuestros amigos, según mamá, habrían querido abandonar a sus mujeres y no podían hacerlo porque eso no es de hombres, que el que se compromete lo hace para toda la vida, porque es lo digno. Y aquel que era osado y daba ese paso se enfrentaba a un batallón de habladorías que no pararían hasta desprestigiarlo.

## *Fco. Javier Oliva*

Decente o no, yo apenas era una adolescente cuando papá decidió vivir su vida. Eso sí, lo hizo porque le dio la gana, sin mala baba, sin interferencias, que nunca supimos que hubiera otra mujer que ocupara el sitio de mamá. Eso no lo hubiera consentido nadie, ni mamá, ni yo, ni mucho menos mi hermano, que él siempre ha sido muy tradicional, como debe ser. Creo que ésa fue la causa que evitó que la salida de papá fuera un trauma. Siempre me he llevado a las mil maravillas con los tres, y así lo sigo considerando aunque Juanjo ahora no me haga mucho caso, que sé que es algo pasajero y que pronto se le olvidará, en cuanto yo levante cabeza. Comprenderá que su enfado es absurdo, que no puede durarle eternamente. Todo volverá a ser como en aquellos días, que nos llevábamos como hermanos, esto es, unas veces bien y las otras no tan bien, pero nos queríamos y nos ayudábamos siempre.

Lo mejor de la separación de papá y mamá fue que nosotros nos quedamos en tierra de nadie como únicos beneficiarios de todas sus ilusiones, porque lo hicieron tan bien, con el horizonte tan marcado en nosotros dos, en nuestro futuro, que ni siquiera fijaron un régimen de visitas. Todos éramos libres de ver a quien nos diera la gana las veces que hiciera falta. Y, que yo sepa, nadie se quejó. Tanto Juanjo como yo —y creo que en mi caso era aún más descarado—, nos dedicamos a tirar de la cuerda de uno y otro lado para sacar más provecho. Es lo que siempre hemos escuchado que se hace en estos casos. ¿Por qué no aplicarlo? Mamá se quedó con el piso en el mejor barrio de la ciudad y él se compró un apartamento a cuatro manzanas. Así que, aunque Juanjo y yo vivíamos en casa con mamá, podíamos acercarnos a ver a papá cuando se nos antojase. Lástima que fuera algo más duro de pelar que ella. Pero lo comprendo, porque era mucho mayor y eso le hacía retraerse a la hora de colmar todos los deseos de los que, intencionadamente, yo le hacía partícipe.

No recuerdo una adolescencia triste o llena de dificultades. Al contrario. Admito que lo pasé estupendamente aunque sólo nos reuniéramos todos cuando había alguna celebración familiar que nos obligaba a coincidir. Harina de otro costal fue la juventud, porque estando en un colegio de pago las dificultades se superan por las buenas o por las malas. Tanto papá como yo sabíamos que el último curso de bachillerato iba a ser un escollo difícil de sortear, máxime cuando en mi etapa escolar las profesoras me conocían de toda la vida. Me mostraban su comprensión cuando me empecinaba en no admitir algunas de las exigencias que, aseguraban, eran propias de una educación esmerada. Papá estaba decidido a que diera el salto, dejara de lado a las monjitas con cara de palo y me convirtiera de una vez en una mujer adulta, aunque no hubiera hecho aún los diecisiete años.

Ingresé en uno de esos centros estrictos hasta decir basta con la excusa de que saldría preparada con ventaja para acceder a la universidad. Es lo único que puedo echarle en cara, porque gracias a su testarudez —y al apoyo de mamá— aquel último año fue un completo desastre. No me adapté a unas reglas enmohecidas y carentes de sentido, ni a un régimen académico más parecido a uno penitenciario. Yo creo que, además, aquellos vetustos profesores no tenían ni idea de quiénes éramos los Sáiz de la Encina. La media académica de mi expediente se despeñó y aprobé los exámenes de ingreso gracias a un milagro. Fue mamá quien entonces tomó cartas en el asunto. Sabía que después de una dictadura sobreviene siempre un periodo de libertinaje irrefrenable. La Historia así lo demuestra y contra ese tipo de memoria resulta imposible luchar. Es preferible ser inteligente y tomar el ejemplo al pie de la letra. Así que mi madre se aplicó el cuento y, en lugar de permitirme ir a la universidad pública, me matriculó en una privada de la que tenía muy buenas referencias y de

## *Fco. Javier Oliva*

cuyos recibos se haría cargo papá. De esa manera aseguraba para su hija una licenciatura otorgada por una distinguida institución y con notas impecables. Y así fue.

Papá no pudo verme con el título en la mano. Un accidente de tráfico se lo llevó antes de que terminara mis estudios en la facultad. Lo peor no fue su muerte como tal, sino el rosario de visitas que hicimos al hospital en un sinsentido incomprendible, porque desde el mismo momento en que lo ingresaron estaba clínicamente muerto. Su maldita manía de no ponerse el cinturón de seguridad provocó que, al salirse de la carretera e impactar de lleno contra la mocheta que delimitaba una acequia, su cuerpo se deshiciera por dentro y parte de su cabeza se fundiera con el parabrisas. Las heridas adornaban su frente de forma macabra, como si hubiera tenido una corona de espinas. Tuvimos que soportar más de quince días de martirio viendo cómo su cuerpo se licuaba poco a poco hasta que, una mañana de marzo, descansó por fin.

Tres meses más tarde me licencié. Después de un verano que disfruté como si fuera una auténtica despedida del mundo académico, me puse a buscar trabajo. Mi primer objetivo era contactar con los amigos de papá. Él siempre había sido un hombre muy bien relacionado. No había hecho otra cosa en la vida que evaluar, dirigir y presidir. Así que no fue complicado que varios de sus amigos se plegaran a la exigencia que el recuerdo del señor Sáiz de la Encina había dejado impreso en sus memorias. Porque, ya que podía hacerlo, lo lógico era utilizar su buen nombre para abrirme camino. Además, de esa manera ganábamos todos: yo, al tener despejado el acceso al mercado laboral; y ellos, al saber a quién estaban contratando, alguien conocido de quién fiarse, no a una cualquiera. Todos jugábamos sobre seguro. Papá no lo hubiera visto así. Por supuesto, cuando él era joven y comenzaba a medrar en las compañías en las que trabajó se valoraban otras

cosas. Eran otros tiempos, tiempos de viejos. A la gente se la respetaba por lo que había hecho. Incluso cuando yo comencé a trabajar importaba mucho la calidad de mi expediente académico y qué clase de estudios había cursado. De cualquier forma, lo que no tiene discusión posible es que los apellidos siempre han sido una carta de garantía. Por lo tanto, era el momento de enterrar antiguas tradiciones, dar un paso al frente y hacerme valer por quién era. Llevar el marchamo *Sáiz de la Encina* era más que suficiente.

Lo que ocurre es que, aunque lleve la misma sangre corriendo por mis venas, siempre he sido distinta a papá, a mamá, a toda la familia y, sobre todo, a los viejos. Tengo más miras que ninguno, soy más inteligente, más ambiciosa y no pierdo el tiempo con tonterías. Papá me decía de bien pequeña que había que aprovechar cualquier oportunidad cuando se presentaba, pero siempre sin menoscabo de las responsabilidades y del trabajo. Y yo me reía porque, cuando hablaba así, siempre apuntillaba que él ya había sufrido bastante y que por eso dedicaba la mayor parte del día al ocio, que además estaba en la segunda mitad de su vida, concretamente en la mitad rápida.

—Marita, hasta que conseguí llegar a la cima todo había sido cuesta arriba —me dijo una noche cuando llegué a casa después de haber pasado la tarde con unos amigos. Ante mi aparente desidia, ¡cómo no!, sacó su tema de conversación preferido: mi futuro—. Al principio, cuando eres joven, la vida parece que va a cámara lenta. Te entiendo perfectamente. A mí me ocurría lo mismo. Todos esos años estudiando, o en mi caso trabajando hasta la noche... El tiempo me parecía endemoniadamente lento. Pero gracias al tesón y a la constancia marqué mi propio camino y conseguí triunfar. Y entonces, cuando coroné la cumbre de mi carrera, me di cuenta de que el reloj se había vuelto loco, que aceleraba y aceleraba sin razón aparente. ¡Está claro, Marita! ¿Es que no te das cuenta?

## *Fco. Javier Oliva*

—¿De qué? —le pregunté con la cabeza en otro lado.

—Ahí arriba no te queda más remedio que dejarte deslizar hacia abajo. Por eso el tiempo pasa veloz, mucho más que cuando subes.

—Papá, no te entiendo una palabra.

—A ver... —dijo frotándose las manos con entusiasmo—. Ahora que ya tienes carné de conducir lo entenderás perfectamente. Así que grábate en esa cabecita de loca que tienes que, a medida que cumplas años, el tiempo se asemejará al depósito de gasolina de un coche.

Debí ponerle la misma cara que una vaca mirando un tren. Así que, como solía hacer cuando se disponía a sentar cátedra o dictar sentencia, o simplemente a soltar una frase lapidaria, se atusaba con los dedos aquel bigotillo pasado de moda y escupía su teoría divulgativa plagada de ejemplos ilustrativos.

—¿Has observado alguna vez con detenimiento la aguja que marca el nivel de combustible dentro del depósito? —me preguntó desafiante para suscitar mi curiosidad.

—Es blanca y se ilumina por las noches —le respondí sin saber a dónde quería ir a parar.

—Si te has dado cuenta, la aguja tarda una eternidad en alcanzar la marca que señala la mitad del tanque pero, una vez que lo sobrepasa, cae en picado. Pues eso mismo pasa con la vida, que sabes que has alcanzado la mitad de tu existencia el día que te das cuenta de que ya estás en la cuesta abajo. Lo que te decía: la mitad rápida.

Gráfico y aplicado como pocos; explícito y convincente como siempre. Así era papá, que no sólo te daba una clase maestra con dos pinceladas sino que, además, era capaz de hilar un tema con otro de una forma prodigiosa sin venir a cuento. Parecía tener el discurso escrito y ensayado desde hacía días. Lo único que no cambiaba nunca era el final: no debía olvidar que mi obligación sería trabajar toda mi vida,

que la propia experiencia era un grado, porque de la experiencia ajena nadie era capaz de aprender.

¡Menuda forma de ver las cosas! Yo quería mucho a papá pero no estoy de acuerdo con todos sus axiomas. A mí me queda mucho más que la mitad de una vida. Me juré que haría lo que fuera necesario para que el tiempo transcurriera igual de lento tanto hasta llegar a la cima como después de haberla coronado. Y lo he conseguido hasta el momento. ¿Y a quién se lo voy a contar ahora, a los viejos, para que se rían de mí y me digan que no sé lo que digo? ¿Qué les voy a demostrar? ¡Bobadas! No merece la pena. Nunca entenderían que las cosas pueden ser diferentes a como ellos las vivieron. De hecho, son diferentes. Se han quedado obsoletos. Creen que aún tienen algo que aportar pero ya no sirven para mucho. El tiempo, la gente, las tecnologías, la vida misma les ha superado. Por eso es mejor retrasar esa segunda etapa lo máximo posible, vivir intensamente, *carpe diem*.

Ahora, mientras camino por esta avenida atestada de gente, noto cómo las miradas se clavan en mí. Sólo ven a una mujer en camiseta y vaqueros tirando de una maleta de viaje cuyas ruedecitas no paran de chirriar. Ya por ese simple hecho te observan de forma prepotente, altiva, creyéndose superiores, porque ellos hoy tienen donde comer, donde dormir, donde caerse muertos. Y todo esto con matices, que seguro que la mayoría muestra una lengua muy larga pero si te pones a ver realmente qué tienen descubres que detrás de sus palabras no hay nada de nada. Sus tesoros no pasan de ser una ratonera hipotecada durante medio siglo, un legado de protección oficial que heredarán sus hijos, incluso sus nietos. Ésa es su conquista. ¡Ja! Si ellos supieran quién soy en realidad no se atreverían siquiera a mirarme de espaldas. No se dan cuenta de que estoy pasando por un mal momento, de que todo es circunstancial, de que ha sido sólo un golpe de mala suerte,



*Fco. Javier Oliva*

que aunque me señalen con sus pupilas ignorantes yo no tengo nada que ver con todo esto. Hay veces que algunos me contemplan con tal arrogancia y desprecio que me encaro y les pregunto que qué se han creído, que yo soy toda una señora, mucho más educada que ellos, que dejen de mirarme con desconsideración —a veces incluso con miedo—. Deberían replantearse esa actitud porque cualquier día de estos volveré a estar arriba y no sabrán a qué atenerse.

Y yo, sí.

## II

Me da mucha pereza volver al albergue. Queda lejos de aquí y no me va a dar tiempo a ponerme a la cola con garantías de conseguir una plaza. En realidad, pensándolo bien, tampoco me importa demasiado. Las noches todavía son templadas. Con que me ponga un poco más de ropa durante la madrugada es suficiente. Me siento mucho mejor si no tengo que mezclarme con esa manada de desarrapadas, que es que no hay quien las aguante. Y ya no me refiero a las continuas faltas de educación, que nunca he soportado las malas maneras; es que la sola presencia de cualquiera de ellas es ya de por sí muy desagradable. Al menos podrían pensar un poco en los demás, cuidar su apariencia, dejar de lado esos chándal zarrapastrosos, las baratas camisetas promocionales, los pantalones militares de mercadillo, en definitiva, estar un poco más presentables.

Cuando visité Canadá me llamó la atención que allí los vagabundos van de otra manera. Siempre mantienen las formas. Si piden una moneda, lo hacen con educación. Si pretenden ayudarte con las bolsas del supermercado, se ofrecen con educación. Si quieren beber, lo solicitan con educación. «Gracias», «por favor», «de nada». Desde luego que no van a la última en lo que a moda se refiere, pero no se respira la indolencia que desprendían todas éstas la otra noche en el albergue, que no hay nada peor que ese hedor que se te cuela hasta el alma. Es cierto que Canadá es más rica que nosotros, pero también poseemos ciertos recursos, que la otra noche tenían todas la ducha al alcance de la mano y muy pocas fue-

## *Fco. Javier Oliva*

ron las que se acercaron a ella para rascarse la roña que les cubría la piel. No sé cómo pueden resistirlo. Entiendo que a diario es difícil encontrar un lugar, tiempo e intimidad para lavarse porque también me ha pasado a mí, pero teniendo la oportunidad de hacerlo cada dos o tres días... Incomprensible. No me cabe en la cabeza cómo pueden vivir así, sin asearse, sin cepillarse los dientes, aunque recuerdo perfectamente que a más de una no le hacía mucha falta, que para las tres o cuatro piezas sanas que le quedaban en la boca era preferible dejar que se le cayeran y hacerse con una dentadura nueva. O aquella otra, con el cuerpo lleno de cicatrices, que se paseaba desnuda con la toalla en la mano como si fuera la reina del dormitorio. Tenía una actitud más prepotente que el resto y no dejaba de ser una puta venida a menos, fuera ya del mercado por los años y también por los zarpazos de chulos y clientes, tajos remendados que cruzaban sus carnes blandas y viejas. O la jovencita que cenó y desayunó al final de la mesa, siempre cabizbaja, siempre meneando la cabeza de adelante hacia atrás, siempre sola. O aquella de la que era imposible distinguir si bebía para olvidar o para camuflar la pestilencia que desprendía su aliento, o su compañera, que decía que ya se había liberado de las drogas pero yo seguía viendo las marcas de los picotazos en sus antebrazos. Ninguna de las dos podía articular una palabra con claridad. Se atragantaban con su propia miseria. No sé cómo se entendían. Quizá ni siquiera lo intentaran y únicamente se dejaran llevar por hacerse mutua y sorda compañía.

Lo que está claro es que esta gente no llevaba ahí toda la vida pero estaba predestinada a terminar así, o al menos predispuesta, encaminada, dirigida. Quien no ha mamado una mínima educación en ciertos ambientes, quien no ha tenido nada y no ha podido sembrar, luego no puede pretender ir recogiendo frutos. Bueno..., es que ni siquiera saben lo que

hay que hacer para conseguirlo. Por eso no se le pueden pedir peras al olmo. Haber nacido en una familia del montón tiene esos riesgos. Éste era uno de los axiomas que de vez en cuando repetía papá y tenía toda la razón, porque la ignorancia es como una venda en los ojos que no te deja ver más allá. Seguramente todas estas mujerzuelas comenzaron este camino siendo adolescentes y, claro, ya no hay forma de enderezarlas. Cuando una tiene unos padres en condiciones, aunque les duela y tengan que tirar de mano abierta para darte una bofetada, las cosas son de otra manera. Conmigo nunca lo hicieron porque yo no era una descarriada, pero de haberlo sido no se lo hubieran pensado dos veces. Y luego, por supuesto, que, a Dios gracias, no somos todas iguales. Porque yo desde bien pequeñita tenía mi educación, mi familia, mis amigas del colegio, un futuro.... Que yo no estuve ni cinco minutos en el paro cuando terminé mis estudios. Es cierto que era época de bonanza, pero no era tan fácil como la gente se piensa, así, chascar los dedos y sacar un buen empleo de la chistera.

Con mi padre muerto fui yo misma quien se tuvo que batir el cobre y comenzar a buscar trabajo. Su apellido, mi apellido, bastó para acercarme a varios de sus amigos que se desvivieron por incorporar a una Sáiz de la Encina en las plantillas de sus compañías. Apenas tardé un suspiro en encontrar un puesto acorde a mi posición. Nunca he entendido por qué hay gente que piensa que es preferible comenzar desde abajo si tienes oportunidad de hacerlo desde la mitad del escalafón. Eso fue justamente lo que conseguí. Me sentía como si me hubiera saltado varios cursos en el colegio, lo cual era un ahorro de tiempo muy significativo. Así que no rechacé la oferta, fundamentalmente porque me aseguraron una gran proyección, que una chica como yo lo era entonces —apenas contaba veinticuatro años— tenía un gran futuro al alcance de la mano. No les

## *Fco. Javier Oliva*

iba a decepcionar. Había disfrutado de una buena formación y poseía como arma secreta y definitiva el recuerdo de mi padre. Por eso arranqué con toda la fuerza que se le presupone a una mujer de mi posición. Por eso Carolina no fue una rival de categoría para mí. Por eso sucumbió ante la sangre nueva.

Comencé como mando intermedio y en seis meses me situé como jefa de una sección gracias a saber cómo tenía que trabajar. Además, moverse por aquella compañía de dinosaurios era muy sencillo. Los empleados estaban demasiado acomodados en sus puestos. Eran mucho mayores que yo y no sospechaban que mientras dormitaban en sus sillas los tiempos habían cambiado. Tan sólo se preocupaban por cumplir con su obligación y hacer bien su trabajo. No les inquietaba tener las espaldas descubiertas. Y esa no es forma de prosperar, porque si algo aprendí rápidamente fue que cualquiera te podía liquidar en cuanto te descuidaras. Una persona que no se preocupa de tener a raya a sus enemigos no puede tener un puesto de responsabilidad. Y si no es cierto, que se lo pregunten a Carolina, que entonces se dedicaba a nadar como una sirena en un estanque mientras otra —yo— le quitaba la ropa. Porque, siendo sincera, aquella mujer no tenía capacidad para hacer las dos cosas a la vez. Además, ¿quién podía sospechar de mí, de una jovencita recién contratada, una muchacha de buen ver, casi una Lolita —como escuché en cierta ocasión calificarme a un imbécil en la sala donde solíamos desayunar?

Siempre he pensado que, si se pone empeño, no hay labor que no se pueda realizar. Bueno, admito que hay gente que por mucho tesón y perseverancia que ponga en un asunto jamás podrá llevarlo a buen fin, pero para una persona normal es pan comido. Por eso en poco más de un año me asenté en mi nuevo cargo, con un despacho que daba a una gran avenida y con una caterva de subordinados que superaba la docena. Necesitaba mano de obra para llevar a cabo todas las tareas

que me encomendaba el director de área. Tenía buenas ideas aunque mucha gente no las compartiera. Al final me salía casi siempre con la mía y lograba imponer mis criterios sobre los demás. Reconozco que alguna vez tuve que utilizar una sonrisa algo zalamera, pero las armas que tiene cada una están para usarse cuando es preciso, y yo no iba a desaprovechar ninguna oportunidad de seguir haciéndome un sitio en aquella compañía.

Recuerdo que, harta de esperar el momento de subir un peldaño más, el cielo se abrió sobre mi cabeza cuando entré a formar parte de un equipo para colaborar en un nuevo proyecto que pretendía reinventar estrategias de ventas. Acaparé la parte publicitaria y me enfrenté a dos de mis compañeros —Pablo y Lola—, dos zoquetes que pensaban y repensaban las cosas hasta la extenuación. Era desesperante. Uno porque llevaba allí toda la vida y presumía de conocer el negocio como la palma de su mano, y la otra porque no tenía la más mínima intención de explotar la ocasión que se abría ante ella. Desde mi punto de vista, lo único que hacían era ralentizar el ritmo de trabajo hasta la exasperación y poner en entredicho mis ideas, mis buenas ideas. Así que, harta de tener que compartir el proyecto con ellos, me reuní con el director, le expuse mi propia visión de lo que había que hacer y menosprecié sin ningún remordimiento posterior el trabajo que hasta entonces habíamos desarrollado en común. No me dolió en prendas hacerlo porque, en realidad, lo que habíamos hecho juntos —que era bastante poco— no servía para nada. El tiempo consagró mis intuiciones y en unos meses demostré que tenía razón. Ordené a mi equipo diseñar una campaña, pacté con nuestros proveedores nuevas condiciones de distribución y venta y, aunque en un primer momento los números no fueron tan buenos como había planeado, puedo asegurar que el resultado fue todo un éxito, por mucho que lo negaran mis dos compañeros. Así que apenas año y medio después de

## *Fco. Javier Oliva*

haber aterrizado en mi despacho pude abandonarlo y cambiarlo por uno más grande, en una planta más alta y con más luz natural. Y es que el reconocimiento a mi talento me había encaramado a una jefatura de departamento, no sin antes negociar con el director de área mi nueva retribución. Ni qué decir tiene que aceptó.

Marita Sáiz de la Encina había conseguido en apenas dos años lo que a los demás les llevaba un lustro. Tampoco era de extrañar. Al menos yo ni me lo planteaba. Es lógico que ocurran estas cosas cuando las personas saben trabajar y llevar las riendas como es debido. Aquel ascenso me reportó una buena nómina mensual, dos pagas extraordinarias y un bonus a final de año que, en ningún caso, podía resultar menor del quince por ciento de mi salario bruto anual. No era nada exagerado si lo comparamos con los ingresos millonarios que había conseguido para la compañía, aunque algún resentido pensara que con aquel trato estaba demostrando obtener ciertos privilegios de la dirección. Se equivocaba, y lo digo de corazón, pero aunque hubiera sido así, las concesiones son para quien se las gana. ¡Qué mala es la envidia y cuánto daño hace a la gente!

Me dediqué a dirigir mi equipo, que se había estabilizado en diecisiete personas. Era gente que sabía llevar a buen término sus cometidos, muy profesional y especializada. A veces utilizaban una jerga técnica que yo no entendía, y en alguna ocasión tuve que sacarlos del despacho porque no me enteraba de las ideas que, con actitud sometida, plantaban sobre mi mesa. Así que generalmente observaba sus propuestas durante varios días y al final tomaba la decisión de llevarlas adelante, más por la seguridad de saber que estaban soportadas por mi equipo que por estar de acuerdo con proyectos que, algunas veces, no llegaba a comprender o a compartir del todo. Entonces les apretaba las tuercas para que lo desarrollaran en el menor tiempo posible. Era necesario extraer sin compasión

el ciento diez por ciento de su capacidad para que yo siguiera a la vanguardia de la compañía. Aquellos días, cuando mediada la tarde abandonaba el despacho y volvía a mi casa, los dejaba trabajando hasta altas horas de la noche. Mi misión, como responsable, era velar porque siguieran el buen rumbo, y eso hacía. Había mañanas que me miraban con cierto recelo, quizá fruto de la presión que imprimía a los proyectos o del cansancio acumulado, pero no les decía nada. Había que mantener las distancias, porque nunca he entendido a esos jefes que tratan de hacer piña con sus subordinados. Al final lo único que consiguen comportándose así es que le pierdan el respeto. Si la responsabilidad era mía, ellos no tenían por qué entrometerse. Les permitía que hicieran alguna sugerencia, pero las decisiones las tomaba yo, y para eso necesitaba tranquilidad y tiempo. Si me hubiera dedicado a echarle horas delante de la pantalla de un ordenador habría terminado asfixiada, falta de sueño y mal alimentada, y de esa manera no hubiera podido cumplir con mi cometido.

Lo que ellos no sabían es que también tuve que hacer sacrificios, que mamá por aquel entonces ya comenzó a sufrir sus ataques y hasta estuvo ingresada un tiempo. Yo no podía ir a verla todo lo que hubiera querido porque tenía que seguir al pie del cañón, que aunque estaba bien asentada, en toda multinacional que se precie siempre hay momentos convulsos y es necesario estar alerta para que nadie pueda echarle en cara no haber estado en tu puesto cuando se te requería, que hasta las excusas más banales pueden resultar definitivas cuando alguien te quiere fuera de la circulación.

Había una chica en mi departamento, algo más joven que yo, que tenía muchos humos. Es cierto que era muy buena en lo que hacía y, además, le gustaba su trabajo. Su actitud la postulaba como responsable de una de las secciones que yo quería abrir en mi departamento. Dependería directamente



## *Fco. Javier Oliva*

de mí. Pero resultó que le faltaba clase para mandar. Por lo visto, según me enteré, decía a mis espaldas que mi puesto tendría que haber sido para ella y que, tarde o temprano, pensaba abordarlo. La realidad era otra, porque era yo quien estaba arriba. Debía defender mi posición de los ataques de aquella entrometida con aires de grandeza. Así que le ordené que revisara los procedimientos internos del departamento y todos aquellos en los que hubiera interrelación con las áreas comercial y de administración. Mercedes, que así se llamaba aquel toro de lidia, hizo honor a su fama y, después de tres meses de apenas dormir y malcomer bocadillos al mediodía, me presentó un carpetón con el resultado de su misión. Esa misma tarde subí a ver al director y le expuse mi iniciativa. Nunca pensé que aquel hombre serio, formal, algo estirado y de formas correctas y controladas, se entusiasmará tanto viendo las correcciones que le había mostrado con cierta cautela. Me felicitó y me animó a seguir por aquel camino.

—Espero poder satisfacerte —recuerdo que le dije—, porque no creo que pueda seguir remando mucho más tiempo a contracorriente.

—¿Qué es lo que te ocurre? —se interesó con gesto afectado—. ¿Tienes alguna dificultad?

—Se trata de Mercedes —le expliqué—. Se ha dedicado a cuestionar todas mis decisiones retrasando sobremanera la finalización del proyecto y enrareciendo el ambiente entre sus compañeros. La verdad, Ginés —le dije apoyando mi mano sobre su brazo—, yo no sé si voy a poder seguir así...

Hubo un breve silencio.

—Tienes todo un problema —me aseguró compartiendo mi preocupación—. Trata de resolverlo de raíz o tendrás aún más complicaciones.

Mercedes fue relegada poco a poco a labores administrativas y terminó por deprimirse. Eso me demostraba que le fal-

taban hechuras de responsable. Muchos humos para tan poco fuego. Si se hubiera revuelto en contra de aquella maniobra, si hubiera tenido la suficiente valentía como para plantarme cara, otro gallo le hubiese cantado. Una actitud desafiante, quieras que no, me gusta, me motiva. Habría terminado por reconducir la situación y hacerla mi aliada. Pero conozco bien a las gallinas que quieren emular a gallos de corral. Al final sólo tienen valentía para abrir la boca cuando no tienen delante a sus superiores. Y Mercedes era una de ellas. Dos meses más tarde terminó por irse a su casa con una baja por depresión bajo el brazo. Me faltó tiempo para quejarme a Ginés de que yo no podía seguir rindiendo al mismo ritmo con un hueco vacío en mi plantilla. Fue tanta la presión que hice para cubrir aquella plaza que, en cuanto Mercedes se sintió recuperada y apareció por la oficina, sólo le dio tiempo a recoger sus cosas para trasladarse a otro departamento. Cubrí el puesto con alguien menos eficaz pero más dócil. De esa manera pude continuar mi vida sin preocupaciones ni sobresaltos.

Aquello sí era un verdadero trabajo y no la mierda que me han ofrecido estos dos muchachos que me acaban de despertar en el parque. Me incorporo y me quedo sentada en el banco mientras me froto los ojos aún atrapados por el sueño. Cuando logro abrirlos, observo a un chico calvo acompañado de una jovencita rubia que apenas debe sobrepasar la veintena. Dicen que son asistentes sociales y se brindan a echarme una mano. Antes de mostrarme sus buenas intenciones se han interesado por mi nombre, por si me encuentro bien, que si era nueva en el barrio, que no me habían visto antes... Les he contestado con evasivas. Ahora me preguntan si estoy casada, si tengo hijos, si mi pareja me ha pegado, si me ha echado de casa o me he ido yo por voluntad propia. No tengo por qué contarles mi vida. Pero son persistentes y siguen preguntando sin cesar, que si tengo dinero, que si tengo estudios, que si pueden ha-

## *Fco. Javier Oliva*

cer algo por mí. ¿Ellos? ¡Pero si no han salido del cascarón! Son personas como éstas las que te lían. Ofrecen echarte una mano y luego te la quitan. Y yo, que soy una confiada, caigo en la trampa. Por eso prefiero mantenerlos alejados de mí, que con ellos no va la guerra. A quien necesito es a Alfredo, que seguirá todavía unos días de viaje, que eso me dijo el guardia de seguridad que hay en la recepción de las oficinas. En cuanto vuelva, asunto solucionado.

Miro a los ojos a la muchacha, después a su boca. Escucho sus palabras con atención. Por su tono parece tranquila, muy segura de lo que dice. No tiene mala intención, claro que no. Está haciendo un esfuerzo por entablar conversación conmigo, pero no deja de ser una desconocida. No sabe que de las cosas importantes sólo se puede hablar con los amigos, y con reservas, que no con todos. Me ha tomado las manos y las presiona rítmicamente. Me siento extraña, como si su actitud me confortara, pero no debo claudicar. Ellos no pueden ayudarme, por mucho que ella me asegure que ése es su trabajo, que se dedica plenamente a esa labor, que puede conseguirme en pocos días una ocupación, que sabe que no llevo mucho tiempo en la calle.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Por tu aspecto —me dice tuteándome, pero con dulzura. No encuentro un tono chabacano o falso en sus palabras, aunque es una argucia de gente de baja condición, y yo ya estoy muy escarmentada.

Pero la chica huele bien, tiene los ojos despiertos. Se la nota sincera. El joven se ha puesto de pie y ha encendido un cigarrillo. Me ofrece uno y acepto. No debiera hacerlo, pero me apetece fumar.

Se quedan conmigo unos minutos. Ella me habla de volver al redil. ¡Por Dios, niña, que no soy una oveja, y mucho menos descarriada! No utiliza esas palabras pero se sobreentienden en su discurso. Me asegura que la vida en la calle es muy

dura, que no la soporta todo el mundo, que es mejor tratar de rectificar antes de que sea demasiado tarde, que si sobrepaso el punto de no retorno la vuelta atrás es muy difícil.

—Ya sé que, cuando las cosas no salen bien, hay un momento en el que te cansas de luchar y lo das todo por perdido —continúa mirándome a los ojos—, pero hay que sobreponerse, dejar de lado ese pesimismo que te invade y mirar hacia delante, buscar ayuda y, sobre todo, dejarse ayudar. Porque de la calle no se sale hasta que uno toma la firme decisión de dejarla. Y lo peor es que, si te abandonas, terminas en un bucle, en una espiral qu...

—No tengo intención de quedarme mucho tiempo —la interrumpo con mis pensamientos puestos en Alfredo.

—Eso está bien —me dice con gesto alegre, animoso—. Y lo mejor que puedes hacer, como te decía, es apartarte de esta vida desordenada y caótica.

Me cuenta que hay albergues donde pasar la noche, comedores sociales, centros de beneficencia, parroquias donde conseguir algo de ropa y de dinero. Me callo. Yo no necesito nada de lo que me ofrece. Eso es sólo una falsa salida que no conduce a ningún sitio.

—Pensarás que todo esto es sólo pan para hoy —me dice como adivinando mis pensamientos, leyendo quizá en mis ojos, en el gesto de mi boca o en mis manos. Entre mujeres nos entendemos—. Hay otras soluciones que te pueden sacar de la calle.

—Esto es transitorio —le explico tratando de emular su sonrisa—. Estoy esperando a que regrese un amigo. Entonces todo se solucionará —termino por decirle con convicción, dispuesta a zanjar la conversación cuanto antes.

Ella se levanta del banco, me acaricia la mejilla y me dice que si la necesito sólo tengo que acercarme a la junta de distrito o decírselo a cualquier policía municipal, que ellos se encargarán de avisarla.

## *Fco. Javier Oliva*

Se despide de mí y, junto a su compañero calvo, desaparece al final del parque.

Asistentes sociales... No soy dada a dar consejos pero sería preferible que esos dos se centraran en atender a las personas que realmente les necesitan, que mi camino va por otro lado, que vivimos en universos paralelos y además bien distintos. ¿O es que acaso van a conseguirme un puesto de directora? Por supuesto que no, que para llegar hasta ahí nadie te lo va a ofrecer en bandeja, que se exige mucho sacrificio, que cuando yo lo fui tuve que echarle muchas horas de dedicación, aunque sólo fuera para vigilar al resto y no recibir una puñalada por la espalda. La gente es muy astuta y muy envidiosa, y sólo piensa en el «culo veo, culo quiero». No tienen escrúpulos en pasar por encima del que sea con tal de conseguir algo más o subir más alto. Por eso tuve que estar siempre al pie del cañón y me dediqué en cuerpo y alma a defender mi posición, sólo la mía, que con eso era más que suficiente para el resto del departamento, que estando yo a salvo lo estaban también ellos, y si al final algo salía mal, que se buscaran la vida, que bastante tenía yo con velar por mi trasero.

Aún me quedan unas monedas en el bolsillo de mis vaqueros, las suficientes para poder desayunar. Me acerco a la fuente que descubrí anoche mientras buscaba un sitio para hacer pis. Estaba oscuro y podía haberlo hecho en cualquier lado, pero si ya de por sí la postura que adoptamos las mujeres es bastante degradante, el sólo hecho de pensar que me pudiera estar viendo alguien me horrorizaba, aunque fuera de noche y no se me reconociera. Por eso me colé entre los arbustos a riesgo de arañarme la piel con sus ramas negras de polución.

Me lavo la cara y me arreglo el pelo con las manos antes de fijarlo en una coleta con una goma. Vuelvo al banco, recojo mi maleta y me quedo de pie unos instantes pensando qué rumbo seguir para encontrar un bar y comer algo. Mientras

mis tripas se quejan, veo cómo unas muchachas sudamericanas empujan unos carritos de bebé camino seguramente de una guardería. Me miran como si les resultara extraña mi presencia, como si no hubieran visto nunca a nadie dormir a la intemperie. ¿Qué ocurre, que en su país no existen estas cosas? ¡Por Dios...! ¿De qué se sorprenden si allí seguro que es el pan nuestro de cada día? Claro, luego se vienen para acá, se les hace un favor, se terminan acomodando y lo cotidiano se les vuelve extraordinario. Increíble... Y lo peor de todo es ese desdén con el que te observan, como si ellas fueran las señoras de su casa y no quien les ha dado el trabajo. Es muy fácil decir que tienes servicio pero para conseguirlo y mantenerlo tienes que partirte todos los días el espinazo en la oficina, como hacía yo. Estas muchachas no tienen ninguna aspiración, sólo comer y dormir, hacer caja y volver a su país con todo lo que hayan podido sacar. Por supuesto que allí no lo tienen que estar pasando nada bien, que debe de ser muy duro dejarlo todo atrás, un hogar, familia, hijos... ¡hijos!, que todas éstas aún no han salido de la adolescencia y ya han traído al mundo un pobre bebé. Inconscientes... Pues eso, que se olvidan de todo y se lanzan a la aventura, pero una aventura descafeinada, porque saben perfectamente que aquí hay trabajo, es cierto que cada vez menos, pero pueden pedir casi lo que quieran, que si no es por una cosa es por otra, pero siempre se salen con la suya. Eso sí, siempre a la chita callando, que nunca hacen ruido y además simulan conformarse con lo que tienen. Si yo fuera una de ellas, bien que me preocuparía por ir saliendo del atolladero y progresar, que no te puedes acostumar a las situaciones porque si no te quedas siempre en el mismo sitio.

Ahora las muchachas miran hacia otro lado cuando pasan junto a mí. Han guardado silencio pero, tras unos metros con la vista al frente, vuelven a cuchichear. Seguro que se alegran de ver a una señora que ha caído tan bajo. No saben lo que

## *Fco. Javier Oliva*

dicen. Además, por mucho que me lo aconseje la jovencita rubia del servicio social, mejor sola en un parque que mal acompañada en un albergue. Ellas no han pasado por este trance. Eso sí que te marca. De todas formas, si Alfredo se retrasa o el otoño se adelanta tendré que plantearme buscar un techo en cuanto llegue el frío. Llegado el caso haré de tripas corazón y trataré de soportar a esas perdidas y maleducadas, que aguantar lo indecible se me da muy bien.

Y si no, que alguien me pregunte qué ocurrió cuando ingresaron a mamá con uno de sus ataques. Esa misma tarde, poco antes de que me avisaran desde el hospital, Ginés, que entonces era mi jefe, me comunicó que había sido invitada a la cena de gala de la compañía, una celebración a la que sólo iban los grandes, la gente importante. Yo aún no ocupaba un puesto de gran relevancia pero apuntaba tan alto, estaba tan bien considerada, que no tuvieron más remedio que aceptarme. Presumo que no fue tarea fácil porque bien que se lo pensaron, que no debían de ver con buenos ojos que una joven como yo, que acababa de cumplir los veintinueve pero que ya tenía algunos galones, asistiera a la fiesta. Como me llevaba a las mil maravillas con el director del área —el inmediato superior de Ginés—, me fui a verle y le sugerí con mucho tacto que quizá era una buena oportunidad para presentar a la mujer que había realizado aquella fantástica campaña. Mis insinuaciones no fueron sólo de palabra. Sabía que al viejo cincuentón se le iban los ojos detrás de las secretarías, de las administrativas, de las limpiadoras, en definitiva, de cualquier mujer que se cruzara en su camino. Así que me desabroché un botón de la blusa y me remangué la falda como cuando iba al colegio. Fueron él mismo, sus ojos y su absurda pasión silenciosa las que hicieron el resto. De cualquier forma, el hombre no era tonto y antes lo habló con Ginés, y no debieron de ver la idea tan descabellada —no lo

era, ni mucho menos— cuando poco después recibí por correo electrónico la invitación. Luego me enteré de que incluso lo había comentado en el comité de dirección. Lejos de avergonzarme por que una petición hubiera llegado tan alto, me sentí plena al saber que mi nombre había corrido de boca en boca por encima de aquella enorme mesa de madera de una sola pieza.

Confieso que estaba emocionada. Cuando llegan estas situaciones, por muy convencida que estés de ser merecedora de ellas, por mucho que hayas preparado la estrategia, por mucho que hayas luchado y sepas que no puede fallar, siempre acaban por temblarte un poquito las piernas. Así que, una vez inmersa en ella, era la ocasión de arriesgar, de echar el resto. Me compré un vestido bien escotado, unos zapatos forrados en seda con un tacón descomunal, y unos pendientes carísimos de Swarovski a juego con una pulsera que me había regalado mi padre. Ginés se convirtió en mi acompañante tan pronto entré en el salón que había reservado la compañía en un hotel de cinco estrellas. ¡Por Dios! Se notaba que aquel hombre tenía clase. Ya vestía trajes impecables cuando iba a la oficina, pero el de aquella noche era exquisito, de corte inglés, corbata a rayas de colores sobrios, gemelos de oro macizo y zapatos italianos, negros, brillantes. Tenía un tipo atlético, corpulento pero fuerte, alto, guapo, siempre bien peinado. Cuidaba con mimo su corte de pelo, algo coqueto pero no excesivamente. Ginés era un hombre de esos que no sabes muy bien qué tiene pero, bien por su mirada cálida o por su voz firme, o por sus maneras cuidadas o su sentido del humor, al final te atrapa sin compasión. Utilizaba una colonia con un aroma algo dulce que me relajaba la razón y hacía que me sintiera segura junto a él. Y si su educación ya rozaba la perfección a la hora de trabajar, aquella noche, mientras saludaba a unos y a otros, a delegados venidos de fuera de la ciudad con sus mujeres,



## *Fco. Javier Oliva*

altos directivos residentes en sedes de otros países, presidentes y ejecutivos de empresas proveedoras, sus maneras me recordaron a las de un príncipe observando el más estricto y preciso protocolo. Ginés era tal y como se mostraba, ni más ni menos. Era auténtico. Me presentaba al resto de invitados como una verdadera ejecutiva, como la responsable de la gran campaña que nos había hecho aumentar los beneficios. Sabía vender la compañía y mi posición. Ambos sabíamos que estaba exagerando, que no era para tanto, pero también éramos conscientes —al menos yo lo era— de que no hay nada como un buen envoltorio y una buena exposición para dar salida al producto. Y esa noche, sin duda, el producto era yo.

Todo se desarrolló como no podía ser de otra manera. Saludos formales, sonrisas de compromiso, algún guiño cómplice, frases asépticas sueltas en el aire que se deslizaban entre camareros vestidos de etiqueta soportando bandejas llenas de canapés y copas de magnífico champagne francés. Estoy segura de que a alguna le parecía un cuento de hadas, que no es lo mismo ser una ejecutiva en toda regla que la mujer de un delegado de provincias, que a más de una se le notaba a la legua que aquel ambiente sólo lo había visto por la televisión en los seriales americanos.

Pero no fue todo tan idílico como me hubiera gustado. Mi hermano se pasó toda la noche llamándome por teléfono y contándome, primero, que habían ingresado a mamá; segundo, que la cosa no pintaba demasiado bien, que debía acudir cuanto antes al hospital; y tercero, ordenándome que dejara de hacer el idiota y fuera para allá inmediatamente, que mi actitud era inaceptable, que no tenía razón de ser que estuviera en aquella fiesta mientras él se ocupaba de cuidarla. ¡Cómo no!, si estaba volado por salir corriendo a su casa y caer en brazos de su mujer. No comprendía que yo me estaba jugando mi futuro, que aquella era una oportunidad única

para dar el gran salto. No podía desaprovecharla.

Nadie sabe lo dura que es la vida de una ejecutiva. La fiesta terminó cerca de las cuatro de la mañana. Ni siquiera pasé por casa para cambiarme de ropa. Me fui directamente al hospital. Mamá, como era de esperar después de los dramatizados comentarios de mi hermano Juanjo, estaba perfectamente atendida, controlada en todo momento, «consciente y orientada» como dicen los médicos. Allí estuve con ella, dormitando en una incómoda butaca hasta las ocho, momento en el que me volví a la oficina. Nada más llegar le dije a Ginés lo que había ocurrido con mi madre. Se mostró preocupado por su estado, casi compungido, y se ofreció a ayudar en lo que fuera con tal de que yo estuviera bien. Aquel gesto fue definitivo. Y es que Ginés estaba atrapado en una red que yo no había lanzado pero que, gracias a las circunstancias, utilizaba con cierta frecuencia. En cualquier caso, lejos de parecerme una presa muy apetitosa dada su percha y su posición en la compañía, lo consideré un lastre. Ese mismo día, dándole vueltas a lo vivido la noche anterior, quedé convencida de que estrechar lazos con él más allá de la mesa del despacho me permitiría vivir a mi aire en aquella empresa pero no resolvería mis aspiraciones. Más bien resultarían a la postre un impedimento. Porque al principio Ginés me trataría como una reina, me consentiría cualquier cosa, incluso alguna inaceptable, pero no me permitiría continuar prosperando, seguir atacando la cima. Con seguridad no emplearía demasiado tiempo en tirarme los tejos de manera formal. Y tarde o temprano, más bien lo segundo, trataría de llevarme a la cama. De aceptar, de plegarme ante aquella tentación, significaría firmar mi rendición, mi sentencia de muerte. Y yo me preguntaba —y lo sigo haciendo— por qué tenían que ser siempre los hombres los que se sintieran con derecho a elegir a la mujer que se querían follar. ¿No podía ser ella quien to-

## *Fco. Javier Oliva*

mara esas decisiones? Y, sobre todo, contando con que, cuando una sube hasta arriba del todo, siempre está rodeada de viejos, gordos y calvos, ¿no podía ser yo quien se acostara con mis subordinados, algo más jóvenes y, con certeza, siempre dispuestos a dejarse la piel en la cama sin miramientos morales?

Unos meses después, con mi madre ya recuperada, recibí la oferta por la que tanto había padecido aquella noche de fiesta y que tanto tiempo llevaba esperando. Provenía de una multinacional con sede en una capital europea pero cuyo centro de operaciones está en esta ciudad. Era nuestra competencia directa, por lo que las condiciones que habían reflejado en aquella carta de intenciones resultaban más que tentadoras. La entrevista se celebró una tarde en las oficinas de *La Bruster* —así llamaban los propios empleados a la compañía por una antigua película española donde una empresa extranjera buscaba aumentar su productividad y rentabilidad a base de explotar a ejecutivos agresivos.

A la mañana siguiente presenté mi renuncia a Ginés. Me preguntó que a dónde me iba. Mientras guardaba mis cosas en una bolsa de viaje que había traído de casa —ya por entonces odiaba las cajas de cartón—, le respondí que no tardaría en enterarse, que no fuera ansioso.

—Al menos, me dirás qué vas a hacer allí —me pidió, casi me suplicó ajustándose los gemelos en los puños de la camisa. Me encantaba ese gesto tan suyo.

—Me voy como directora de marketing. Toda una división para mí. Tres departamentos y cuarenta y cinco empleados bajo mi mando —le dije orgullosa, triunfante.

Ginés se alegró, o al menos fingió hacerlo. Me dio la enhorabuena, me abrazó y me besó en una mejilla. Me dijo que a partir de ese momento la gente me vería como alguien importante en *La Bruster*.

—Porque te habrán fichado por un dineral, ¿no? —supuso

sin miramientos. Como siempre, acertaba—. Te tendrás que comportar como una verdadera directora, y estoy convencido de que sabrás hacerlo.

Valiente idiotéz. Por supuesto que el dinero era significativo, pero mi objetivo era seguir alimentando la leyenda de la chica importante e imponente que iba rompiendo moldes a punto de cumplir los treinta. Eso no le pasa a cualquiera. No. Eso no le pasa a ninguna, sólo a mí. Y, al contrario de lo que me había ocurrido en la cena de gala, esa vez no me tembló ninguna parte del cuerpo. Iba a soportar una gran responsabilidad pero no me preocupaba. El comité de dirección, y en concreto el director general, me apoyarían en todas mis decisiones porque para eso habían hecho el esfuerzo de sacarme de la competencia. Defenderían mi gestión a muerte.

Me lo habían puesto en bandeja de plata. No sabía muy bien lo que tenía que hacer como directora de la división de marketing pero todo era cuestión de dejarme llevar un tiempo, saber cómo moverme en la nueva empresa hasta tomar las riendas de la situación. Lo que más me gustaba era que, a partir de ese momento, la gente me llamaría de usted, me haría reverencias. Mis iguales, los otros directores de área, no se atreverían a mirarme por encima del hombro. Es más: en el caso de que lo hicieran sería para bucear con sus pupilas en el interior de mi escote, que esas cosas no cambian y yo, antes y ahora, sigo teniendo las tetas en su sitio. Los subordinados no se atreverían a mirarme a ningún lado, ni a los ojos, ni a las piernas, y mucho menos al trasero por miedo a ser despedidos de forma fulminante. Estaba convencida de que a mis espaldas bien que me criticarían, que si era una estirada, que si era demasiado joven para ese puesto, que seguro que no lo valía... ¡Ignorantes...! No saben el trabajo que cuesta aguantarse ahí arriba.

Agotador.

Ledoria,  
desaforado amor por la palabra

